

FRANCESCO SACCHINI, S. I.

Sobre el provecho y los peligros de la lectura

Traducción, introducción,
edición y notas de Javier Lasपालas
y Alejandro Martínez Sobrino





P. FRANCISCVS SACCHINVS S. I

Posible retrato del autor de la obra.
Alfred Hamy, *Galerie illustrée de la Compagnie de Jésus*,
Paris, Chez l'auteur, 1893, vol. VII

FRANCESCO SACCHINI, S. I.
SOBRE EL PROVECHO
Y LOS PELIGROS
DE LA LECTURA



Traducción, introducción, edición y notas
de Javier Laspalas y Alejandro Martínez Sobrino


© Javier Laspalas y Alejandro Martínez Sobrino
© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2021

Colección PUZClásicos/Textos

Director de la colección: José María Serrano

Diseño de colección: Jesús Cisneros y Fernando Lasheras

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas,
c/ Pedro Cerbuna, 12. 50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

 Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1340-229-1

Impreso en España

Impreme: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza.

Depósito legal: Z 627-2021

ESTUDIO PRELIMINAR

Javier Laspalas
Alejandro Martínez Sobrino



1.

CONTEXTO RELIGIOSO Y CULTURAL

La vida del padre Sacchini (1570-1625) transcurre durante un periodo de la historia especialmente tumultuoso. La segunda mitad del siglo XVI y la primera del XVII son en Europa particularmente convulsas, no solo por las guerras intestinas entre las diferentes naciones, o por las grandes transformaciones que trae consigo el descubrimiento y posterior colonización de América, sino principalmente porque se produce un cisma dentro de la Iglesia católica que conllevará la división en diferentes confesiones y romperá por siempre la unidad religiosa de Europa. Esta ruptura se produce en varias etapas a lo largo del XVI; en primer lugar, acontece la Reforma o Reformas protestantes, y a continuación vienen las reacciones de Roma y el papado, que reciben el nombre de Reforma católica y Contrarreforma.

Esta fractura doctrinal acaeció, entre otros factores políticos, económicos, etc., por la revolución cultural que se venía gestando en Europa desde el siglo XIII, cuya piedra basal fue un cambio en la manera de plantear y realizar la lectura, que conllevó una metamorfosis en el modo de interpretación de los textos, en especial, aunque no solo, los de la Sagrada Escritura. Y es que la propagación de la lectura a capas más amplias de la sociedad, en particular, a la burguesía, la nueva clase social nacida al albur del crecimiento económico que se produce en la época con la apertura de nuevos mercados y modos de transacción económica, hará que a finales del siglo XV y comienzos del XVI a los laicos cultivados, gracias también al paso de una lectura preferentemente en voz alta a una en voz baja, se les presente la ocasión de discrepar privadamente de los dogmas y

manifestar en tal ámbito sus dudas con respecto a la fe y la devoción individual.¹

Ahora bien, la lectura no solo fue una fuente de ruptura, sino también el instrumento en el que los intelectuales del momento pondrán sus esperanzas para remediar los disensos dentro de las confesiones religiosas y los estados. Pensaban que, para restaurar la unidad, sería suficiente compartir un canon vinculante de textos bíblicos y clásicos, puesto que estaban convencidos de que la lectura era el único medio mediante el que una persona podía alcanzar el ideal humano, esto es, ser un hombre recto, un ciudadano especialmente honrado y bueno que además hablara bien y fuera honesto.² Es más, quien careciera de esta destreza no podía relacionarse adecuadamente con el resto de los seres humanos, como señala el padre Sacchini: «En verdad, considero que ellos [los saberes humanos], no solo son los que cultivan las costumbres de los particulares, sino incluso los más distinguidos y eficaces administradores de todos los asuntos públicos, de modo que con razón reciben el nombre de “humanidad”, hasta el punto de que sin ellos la futura vida de los hombres sería monstruosa» (*Rat.*, epist. I., 1).

Es gracias, por tanto, a las letras como el ser humano es capaz, al perfeccionar su razón, característica principal que le distingue de los animales, de alcanzar la *humanitas*, y con ella la libertad auténtica, que es la propia de la vida civil y la contemplativa, e implica el cultivo del lenguaje y las disciplinas de los antiguos. La dignidad humana entendida de esta forma es indistinguible de la formación humanística y no es, por tanto, una cualidad recibida de forma pasiva, sino un *ars* que se conquista a través del aprendizaje de la escritura y la lectura.³ Habilita para usar adecuadamente los instrumentos con los que el ser humano dominará la tierra, edificará la

1 Véase Saenger (1997: 229).

2 Véase Trinkaus (1999: 260).

3 Quondam (2006: 33); Ridder-Symoens (2004).

sociedad, obtendrá los más diversos conocimientos y actualizará todas las posibilidades de su naturaleza, creada a imagen de Dios.⁴

De este modo, la lectura es una vía preferente tanto para la transmisión del saber como para el cultivo de la virtud, ya que enseña a hablar bien (*benedicentia*) y, por lo tanto, a decir la Verdad (*veridicentia*). De ahí que resulte de vital importancia regular cómo y qué hay que leer. Este segundo punto los humanistas lo tenían ya claro, puesto que se ocupaban de la literatura, la cual, pensaban, como contenía y preservaba todos los conocimientos humanos, era el cauce necesario e ideal para instruirse en el resto de disciplinas —leyes, medicina, teología, economía, etc.—.⁵ Por otra parte, suponían que, si para elaborar una obra literaria había que aplicar las reglas de la poesía, guiándose por la razón, el buen sentido, el decoro, la moralidad de costumbres y la educación (Gomá Lanzón, 2005: 211), no habría por qué dudar de que la lectura pudiera ser tratada de la misma manera, es decir, como una disciplina susceptible de ser examinada y preceptuada. Con ello, nacerá un nuevo saber, un fruto inesperado de la generalizada preocupación por hallar un método educativo ideal, el *ars legendi*, cuya función principal será examinar desde diferentes prismas el proceso de lectura (Nakládlová, 2013a: 21) y cuyo ámbito prioritario de aplicación será el mismo ente coherente y orgánico adecuado para formar personas capaces de vivir rectamente tanto en lo moral como en lo civil, es decir, la escuela (Quondam, 2006: 25).

Por otra parte, cuando los jesuitas, que en el momento de su constitución (1540) no mostraron mucho interés por la enseñanza formal, prefiriendo buscar la salvación de las almas a través de la predicación misionera al servicio del

4 Rico (2002: 172-173).

5 Su autoridad era tal que los conocimientos que se alcanzaban de forma empírica, esto es, por la vista y el oído, se relegaban a un segundo plano. Véase Nakládlová (2013b: 26) y Moss (1999: 147).

papa, se dieron cuenta de que, para cumplir mejor con sus objetivos fundacionales, la vía más efectiva y rápida era formar ellos mismos a los jóvenes que iban a integrar en sus filas, cambiaron su proyecto inicial de fundar colegios residenciales para sus miembros y decidieron crear centros educativos propiamente dichos.⁶ Con ello, y casi al tiempo, convencidos como estaban de que el mundo del mañana dependía de la educación de la juventud, descubrieron las numerosas posibilidades de influir en la sociedad que la escuela les ofrecía.⁷ Por ello, pocos años después de su fundación, por simple necesidad, lo pedagógico comenzó a tener un papel primordial, aun cuando estuviese al servicio de un fin superior: la evangelización.⁸

El fin típico de la formación humanística era «ser alguien honesto», que en la época equivalía a ser un hombre devoto, virtuoso, probo y de honor, es decir, a asimilar la virtud y las letras. En el caso de los jesuitas, se sumaba a los anteriores un tercer elemento que era el más importante: la fe.⁹ Con esta aspiración en mente, los primeros jesuitas, convencidos de que era imposible el perfeccionamiento completo de la

6 El motivo principal que les lleva a fundar sus propios centros son las carencias que observaban en las universidades europeas, en particular, las italianas. Así, en 1556, cuando muere S. Ignacio, de los 50 colegios dispersos por Francia, 46 estaban destinados a alumnos externos (Demoustier, 1987: 380). No obstante, según Ganss (1958: 35-39) había seis modelos: 1) residencias universitarias para los miembros de la Orden; 2) colegios en los que se formaba a los futuros jesuitas; 3) algunos de estos colegios con clases para alumnos externos; 4) otros en los que esta era la única actividad docente; 5) seminarios para la formación de clérigos; 6) internados para estudiantes seculares.

7 Sobre el sentido de la fundación de los colegios y su misión, véase Lukács (1974), MHSI II, *Introductio Generalis, caput II, De collegiis et ministerio docendi*, 6-21; Bertrán Quera (1984); O'Malley (1995: 32 ss. y 257 ss.).

8 La actividad docente de la Compañía, en realidad, formaba parte de la realidad apostólico-colegial. Véase Vergara Ciordia (2007) y O'Malley *et al.* (1999).

9 Bertrán Quera (1984: 66): «Hay también en la educación una finalidad cultural o con otro nombre, científica. Es lo que de mil maneras la *Ratio studiorum* llamará formación en “letras” y no se cansará en repetir casi siempre dentro del binomio “virtud y letras”».

persona y por ende de la sociedad sin la unión de la reflexión intelectual, la responsabilidad personal y la autodeterminación, se esforzaron en hallar el mejor modo de estimular la mente, formar conciencia y orientar el uso de la libertad individual (Vergara Ciordia y Comella, 2017: 546).

Por ello, a diferencia del resto de órdenes y escuelas del momento, cuyo funcionamiento interno era más autónomo, trabajaron en la implantación de un método efectivo y uniforme. En concreto, adaptaron a las necesidades del momento el currículo humanístico que sus primeros miembros conocieron en la Universidad de París. El sistema adoptado, el llamado *modus parisiensis*,¹⁰ se basaba en la división de los alumnos por clases y cursos, el estudio exhaustivo de pocas materias (comenzando por el dominio de las lenguas clásicas, en especial, el latín) y el progreso ordenado en ellas. De los cinco niveles en que se dividía la formación secundaria, los primeros tres servían para consolidar las bases de la gramática, y el cuarto se dedicaba al cultivo de la poesía o las humanidades orientadas al curso superior, el de la retórica.¹¹ Además, la existencia de variados y frecuentes ejercicios prácticos, obligaba a los profesores y maestros a prestar una constante atención individual a sus alumnos, mayor de la acostumbrada en la época, con lo que se les facilitaba mucho el aprendizaje. Así se aseguraba otro de los objetivos del método, la meritocracia, con lo que se favorecía también la promoción social.

Por otro lado, debido a la estructuración y sistematización de sus instituciones docentes, los jesuitas consiguieron evitar los grandes problemas financieros del sistema de escuelas públicas, así como los derivados de la contratación de profesores no adecuados.¹² Su éxito fue inmediato y muy pronto

10 El mejor estudio sobre él se debe a Codina Mir (1968 y 2004).

11 MISI, *Series Tertia, Constitutiones Societatis Iesu*, Mon. 10-10bis, *De Collegiis et Domibus Fundandis*, 16v, 57; Lukács (1965), MHSI I, Mon. 11, P. Nadal, *De Studii Generalis Dispositione et Ordine*, 137.

12 Loach (1999: 66).

contaron con una amplísima red de colegios.¹³ Posteriormente, la experiencia de medio siglo de dedicación a la enseñanza cristalizó en la publicación en 1599 de la versión definitiva de la *Ratio studiorum*, un texto normativo con un currículum estable y graduado, cuyos objetivos, contenidos, estrategias y técnicas se habían revelado eficaces.

En él se aprovechaba la lectura como un elemento esencial para la adecuada formación del espíritu, y tenía un papel esencial, superior incluso al de la mimesis, ya que era la vía principal por la que discurría el proceso formativo (Gomá Lanzón, 2005: 174), ya que sin una no podía surgir la otra, como apunta el padre Sacchini (*Rat.*, cap. 1, 9): «Pues, si la imitación, [...], resultará tan útil para el futuro orador y el poeta que se juzga casi necesaria, bastante más necesaria resulta la lectura, porque sin ella no puede darse la imitación [...]». Tal era en la época el papel de la lectura.

Se llegó a este punto después de un proceso largo y tratabillado, enmarcado dentro de la gran transformación que vivió por entonces la escuela.¹⁴ Si exceptuamos a los jesuitas, no había reglas para didácticas establecidas y centralizadas, pues los programas escolares no estaban fijados y se carecía de los libros adecuados. El éxito de la formación, por tanto, a pesar de que el método de enseñanza apenas había variado durante el paso de la Edad Media a la Moderna, dependía en gran medida de la talla intelectual y la habilidad del profesor. Por ello, el de la docencia era un territorio abonado para la experimentación y la iniciativa individual, y los humanistas consumieron mucho tiempo y energías en el empeño de hallar una fórmula idónea para mejorar y sistematizar la lectura. El resultado fue la publicación de un número tan grande de manuales sobre el arte

13 En apenas cincuenta años la Compañía logró fundar y mantener 293 colegios, 37 de los cuales se encontraban en países donde los jesuitas actuaban de misioneros. Barbera (1942: 29).

14 En relación con los planes de estudio en las universidades, véase Brockliss (1999).

de leer que es prácticamente imposible fijar su número durante los siglos XVI-XVII.¹⁵

Cuando se fundó la Compañía, no existían obras específicas sobre la cuestión, sino que dispersos en libros sobre educación aparecían consejos esencialmente metodológicos. Durante la segunda mitad del XVI y a comienzos del XVII, con los jesuitas en plena producción literaria, surgirán tratados en los que se pretende analizar de manera sistemática la lectura. Sin embargo, aunque el cambio de perspectiva parezca y, en efecto, sea sustancial, el resultado fue imperfecto, pues estos manuales no lograrán superar tampoco la perspectiva didáctica de sus antecesores, se limitarán a adaptar su terminología analógica y metafórica, y mantendrán la tradicional concepción moral de la lectura y su determinismo (Nakládlová, 2009: 5-7). Son *artes legendi* que preparan el camino para el nacimiento de la hermenéutica, pero al tiempo limitan el alcance de la interpretación con lo que convierten el ejercicio de la lectura en una experiencia interior, pues únicamente autorizan el uso ético de los textos (Nakládlová, 2009: 38), como se puede observar en las siguientes palabras del padre Sacchini (*Rat.*, cap. II, 1): «Y ya que todo saber debe repercutir en las costumbres y en la recta ordenación de la vida, esa ley sea inviolable en la elección de los libros, de modo que, si existe algún libro que pueda ser útil a la mente, pero con riesgo para las costumbres, se prescindirá por completo de él».

Resulta lógico que así sucediera, puesto que, para los humanistas, y en especial para los jesuitas, la lectura estaba indisolublemente unida al propósito último de la formación,¹⁶ y no se consideraba una ciencia externa, como las matemáticas, por ejemplo, sino que constituía el camino mismo para educarse.¹⁷ Una vía que bien transitada era

15 Quondam (2006: 31).

16 MISI, *Series Tertia, Constitutiones Societatis Iesu, pars IV, caput V, De doctrina cui scholastici Societatis studere debent*, 117.

17 Lukács (1965), MHSI I, Mon. 19, *P. Ioannes Alfonsus de Polanco S. I. - P. Iacobo Laínez S. I.*, 370: «La 3ª es, que las lenguas son sin duda útiles para la

la más rápida y segura para obtener la salvación, pero recorrida sin criterio se convertía, entre otras cosas, en la ruta más expedita a la perdición. Esa es la razón primordial por la que debía controlarse y preceptuarse, y, por tal motivo, los jesuitas, cuya labor no puede separarse ni de su identidad ni de su fin, en tanto que Compañía fundada para mayor gloria de Dios y salvación de las almas, le prestaron una gran atención. Abordarán el problema como un dilema ético y siempre dedicarán espacio en sus manuales a la cuestión de qué libros hay que leer y cómo.¹⁸ Es lo que hace el padre Sacchini.

A raíz de su preocupación por el alma de los jóvenes, en especial la de aquellos que estaban bajo su tutela, nuestro jesuita dedicó sin duda gran parte de sus afanes como maestro en el Colegio Romano, desde que en 1594 se incorporó a él (*Rat.*, epist. 1, 7), a proponerles un método de lectura, y a recomendarles los autores y las obras más provechosas y seguras. Años más tarde, recogió el resultado de sus cavilaciones en su opúsculo *Un librito sobre la manera de leer libros con provecho*.

Con él se pretende favorecer el aprendizaje escolar, pero también comunicar técnicas de trabajo intelectual útiles para toda la vida: «En verdad, he expuesto, no solo lo que para ti en el momento presente juzgaba oportuno, sino también lo que después lo será con una edad y con una cultura más madura» (*Rat.*, epist. 1, 1). Por otra parte, el autor no se limita a exhibir su conocimiento teórico acerca de la mate-

intelligentia de la Scriptura; y así el tiempo, que a ellas se da hasta poseerlas, será utilmente empleado. La 4ª, que ultra del entender, para dar lustre a la scientia y todos los naturales y adquisitos y infusos dones de Dios, son las lenguas, specialmente la latina, muy necessarias a quien quiere communicar con otros lo que Dios le da».

18 Sirvan de ejemplo los testimonios tempranos del padre Polanco sobre la enseñanza en los colegios (1548-1550) y del padre Láinez sobre el estudio de la teología (1549). Véase Lukács (1965), MHSI I, Mon. 4, P. Polanco, *Constitutiones Collegiorum* y Mon. 5, P. Láinez, *De Modo et Ordine Studendi Philosophiae Tractatus*, 37-50.

ria, sino que comparte también el espíritu y los objetivos de la Compañía, pues se sirve de textos aprobados por ella para componer y construir un nuevo discurso que redunde en mayor gloria de Dios y preste servicio a los demás (Vergara Ciordia y Comella, 2017: 547).

Se trata de un librito que parte de la necesidad y utilidad de leer de forma diligente, para lo cual es necesario seleccionar los textos adecuados, fijar el orden apropiado en que estudiarlos, decidir cuánto y cuándo leer, así como a qué prestar atención entonces, etc. En definitiva, un recetario, un manual de preceptos con los cuales aprender y dominar las mejores técnicas para leer, y que, por derecho, así lo indica el autor con el título, cabría incluir en las *rationes* de la época.

Más adelante, el afán de preservar del pecado a los jóvenes y el convencimiento de que las malas lecturas conducen irremisiblemente a la perdición, le llevaron a profundizar en su última lección magistral (1603) en un tema que apenas había tratado: el carácter nocivo de las obras literarias inmorales y la obligación de ignorarlas. Su discurso fue muy bien acogido, por lo que se publicó en 1614 con el título *Sobre evitar la lectura de los libros perniciosos para las costumbres*, en el mismo volumen que el anterior opúsculo.

A diferencia del tratado previo, esta disertación es un ejercicio oratorio dividido en las secciones preconizadas por la retórica (*inventio, dispositio, elocutio, actio*), en el que muestra el daño que produce el más leve contacto con los malos libros. Se muestra en ella un modelo, un ejemplo a seguir, avalado en primera persona por quien ha ocupado un destacado puesto docente y lo ha ofrecido como legado y mensaje de despedida. Es igualmente un producto típico de la cultura jesuítica, ameno en su lectura, útil y honesto por su contenido, pero también representativo de la concepción humanística de la educación, que forma al individuo a través de la persuasión, el ejemplo y el razonamiento (Black, 2007: 288). Un complemento perfecto, por tanto, para la guía de lectura que le precede.

CARÁCTER DE LAS OBRAS
Y FECHA DE REDACCIÓN

Cuando en 1614 se aprueba la publicación del discurso *Sobre evitar la lectura de los libros perniciosos para las costumbres* (*De vitanda* en adelante), se le añade como complemento el método de lectura titulado *Un librito sobre la manera de leer libros con provecho* (*De ratione* en adelante). El resultado es un volumen que ofrece, por un lado, la totalidad del pensamiento del padre Sacchini sobre los beneficios y peligros de la lectura; por otro, en no poca medida también, la doctrina sobre la lectura y los libros de la Compañía, en general, y, en particular, lo vigente en el Colegio Romano.¹ No podía ser de otra forma, al encarnar nuestro autor los principios de entrega absoluta a la voluntad de Dios, como norma y fin de la vida, y de abnegación incondicional como única vía para ello, preconizados por los jesuitas y, en particular, por su fundador (Bertrán Quera, 1984: 73).

El volumen gozó de un prestigio cierto en el seno de la Compañía, lo que es garantía de su calidad, pues en la época sus escuelas estaban consideradas los lugares ideales de formación para los futuros eruditos, hombres religiosos, aristócratas y mercaderes (Brizzi, 1995: 45). Además, el Colegio Romano, por expreso deseo de san Ignacio, debía servir

1 Los jesuitas eran conscientes de las diferentes circunstancias en las que se encontraban tanto sus alumnos y sus colegios como los países en los que residían. Por ello, siempre dieron un cierto grado de autonomía a sus centros docentes, como se observa, por ejemplo, en las Reglas para el Rector del Colegio Romano, 1551. Lukács (1965), MHSI I, Mon. 7, *Regulae Rectoris Collegii Romani*, II, n.º 2, 74-77.

como modelo para las demás instituciones docentes de la Orden.² Por otro lado, el mero hecho de su publicación ya es prueba de su ortodoxia y su validez. Ya por entonces la Compañía, al tiempo que fomentaba la composición de múltiples obras, verificaba que su contenido no fuese contrario a la fe, para lo que estableció mecanismos de censura³ interna que al mismo tiempo servían y garantizaban el interés del producto editado.⁴ De hecho, las diferentes reimpressiones latinas y en lenguas vernáculas (1786 en francés y 1832 en alemán),⁵ demuestran que fue un acierto publicar las obras que presentamos.

El conjunto constituye una guía completa para realizar una lectura provechosa, un manual en el que se explicita un método avalado por la experiencia, y no tanto una reflexión teórica, como el resultado de la constatación empírica. Los principales destinatarios son los estudiantes que ya han superado el aprendizaje de la gramática y necesitan familiarizarse con los autores para desarrollar habilidades y competencias discursivas superiores, como el propio autor señala (*Rat.*, cap. III, 4): «Puesto que en verdad conviene precisamente para tu edad y tu instrucción, es decir, para aquel joven que, tras haber sorteado los escollos de la gramática, ha completado la travesía hasta las agradables y dichosas islas del retórico».

2 Así se lo hace saber san Ignacio a Carlos Borja y a Diego de Mendoza en 1553 en la carta, fechada el 6 de noviembre de 1553, *De Collegii Romani scopo atque statu*. Lukács (1965), MHSI I, Mon. 44, S. *Ignatius de Loyola Carolo Borgia Gandiae Duci et Didaco Hurtado de Mendoza Comiti Melitensi*, 445-446.

3 No hay que confundir la censura con la prohibición o la expurgación. La primera implica un ejercicio de comprensión que interpreta y califica, y está reservada a los doctores y los teólogos. La segunda es el acto jurídico que obliga y sanciona. Esta distinción se ha diluido y a menudo se simplifican en exceso las cuestiones. Vega Ramos (2016: en especial, 73-74).

4 El control interno sobre todos los libros que editaba la Compañía, fuese cual fuese su contenido, alcanzó una intensidad y una organización sin precedentes hasta entonces. Biasiori (2010: 224).

5 Sommervogel (1960, vol. VII: 364-365).

La composición de cada una de las obras, como se deduce de sus cartas dedicatorias, se realizó en dos etapas cronológicamente diferenciadas y reconocibles. Por una parte, la concepción y redacción original; por otra, la revisión con vistas a la publicación. Sin embargo, el orden cronológico de elaboración para cada uno de los elementos no coincide del todo con el que aparece en el volumen.

Así, el primero de los dos opúsculos en redactarse sería el *De ratione*, según se desprende de la siguiente afirmación (*Rat.*, epist. I, 7): «a esta disertación, con lo que os la ofreceré de modo más atractivo, he añadido tras revisarla una segunda sobre el método completo para leer libros que compuse casi en mi adolescencia». El padre Sacchini la habría escrito cuando se incorporó como docente al Colegio Romano.

Como era costumbre en la época, al tratado le añade una carta nuncupatoria,⁶ que justifique la composición de la obra y que en este caso va dedicada a un alumno cualquiera de Retórica. Un joven que, habiendo ya superado los estudios inferiores, se dispone a embarcarse en empresas mayores y, por lo tanto, en aras de su salvación y formación moral, necesita de un timón que le guíe en su curso. El hecho de que no aparezca en la epístola dedicatoria ninguna referencia al *De vitanda* sugiere que debió escribirse en la misma época que el *De ratione*.

Por su parte, el *De vitanda* es más sencillo datar, puesto que se nos informa sobre la fecha en que se pronunció como discurso (30 de septiembre de 1603) y el motivo por el que se compuso, el cese de las funciones docentes del padre Sacchini.⁷ Posteriormente, y ante la insistencia de sus colegas, acce-

6 Desconocemos si con vistas a una posible publicación o por mantener la costumbre.

7 En 1603 fue enviado al noviciado de Sant'Andrea como colaborador del padre Nicolo Orlandini en la redacción de la primera historia de la Compañía, de la que se encargaría a partir de 1606 tras la muerte de aquel. Martínez Sobrino y Laspalas (2017).

dió a publicar su postrera lección.⁸ En tal momento se habría decidido que ambos textos se imprimieran juntos, por lo que previamente serían examinados por los revisores provinciales de la Compañía.⁹ Hay que suponer, por tanto, una última revisión en 1616 poco antes de consumarse la publicación, que se aprecia en referencias internas como, por ejemplo, la que aparece en el segundo capítulo de la primera obra (*Rat.*, cap. II, 2): «Sin embargo, hasta qué punto hay que abstenerse de los escritos impúdicos (pues el recordar que hay que evitar los impíos estaría incluso de más) lo entenderás sobradamente con el discurso que se ha incorporado en este librito».

En último término, nuestro jesuita redactaría una nueva carta introductoria que encabeza el volumen completo, como se desprende de la siguiente afirmación (*Rat.*, epist. I, 4): «Esa es la razón por la que, finalmente, a todos vosotros (singularmente porque a eso mismo hombres de gran autoridad me apremiaban) he creído que debía comunicárosla, para que con su influjo vele por vuestros estudios, en la medida en que pueda». Es una misiva que dirige a los jóvenes estudiantes de las buenas letras y que supone el colofón de un proceso que, como se reconoce, se inició mucho tiempo atrás (*Rat.*, epist. I, 7): «[...] a esta disertación, con lo que os la ofreceré de modo más atractivo, he añadido tras revisarla una segunda sobre el método completo para leer libros que compuse casi en mi adolescencia».

8 *Rat.*, epist. I, 4: «Esa es la razón por la que finalmente, a todos vosotros (singularmente porque a eso mismo hombres de gran autoridad me apremiaban) he creído que debía comunicárosla, [...]».

9 La Compañía de Jesús era consciente de que la imprenta no era la única o principal vía de difusión de ideas que debían ser controladas. Tanto o más importantes eran las lecciones *ex cathedra*, las prédicas, los discursos, etc. Baldini (1985: 31-32).

3.
ESTRUCTURA Y TEMAS PRINCIPALES
DE LAS OBRAS

3.1. *El De ratione: un tratado sistemático sobre la lectura y el modo de extractar*

En el momento de su composición, el padre Sacchini es un joven erudito que acaba de concluir los estudios que, dentro de su Orden, le habilitan para la docencia, pero aún no ha comenzado, no lo hará hasta 1598, ya como profesor del Colegio Romano, los de Teología.¹ El *De ratione* reflejará por tanto la concepción del arte de la lectura bien asentada dentro de la Compañía, cuyo primer objetivo es servir para la salvación del alma y ser útil en la vida terrena.

Al igual que para los humanistas y para los jesuitas, según nuestro autor, la lectura es elemento primordial en el proceso formativo, ya que es un instrumento indispensable, por un lado, para conocer y asimilar los conocimientos verdaderos y las convicciones rectas, y, por otro, una herramienta necesaria para expresarse con las palabras adecuadas (*Rat.*, epist. II, 3): «[...] hay un doble motivo por el que leer, bien para formarse un estilo propio, bien para recibir una enseñanza (pues con aquellos que leen por placer nosotros no tenemos nada que tratar) [...]».² Esta operación es tan sumamente importante que pronto se percibe la necesidad de sistematizar un proceso sobre cuya relevancia y ras-

1 Martínez Sobrino y Laspalas (2017: XIV).

2 Lo mismo podría aplicarse a la escritura, que por entonces era en la enseñanza secundaria la segunda vertiente del proceso de formación intelectual.

gos principales ya trataban algunas de las reglamentaciones de los colegios y las *rationes studiorum*.³

El *De ratione* surge para cubrir ese vacío, y por ello su autor se afana, a diferencia de sus contemporáneos, en ser sistemático y en ofrecer un método preciso que permita la correcta asimilación de lo leído y que restrinja las posibilidades de malinterpretar los textos, como era preceptivo. Se aspira a definir y comunicar una habilidad «técnica» que permita en todo leer bien. Con ese objetivo en mente se confecciona un complejo diseño didáctico en el que se concibe la lectura como el resultado de la suma de distintos procesos individuales: la *lectio*, la *auditio*, la *collatio*, la *scriptio*, la *meditatio* y, por último, la *notatio*.⁴ La aplicación correcta de todos los pasos conducirá al individuo a una asimilación plena y profunda de cualquier texto, con lo que logrará un aprovechamiento fructífero de todas y cada una de sus lecturas.

Lo fundamental son, por tanto, los procedimientos, y no las disquisiciones teóricas cuyo número es escaso. Algo que se puede apreciar no solo en el tipo de fórmulas utilizadas, sino de modo especial en los asuntos tratados, que se organizan en tres grandes bloques: 1) La necesidad de la lectura (cap. 1); 2) Aspectos procedimentales de la lectura (caps. 2-7); 3) Rendimiento de la lectura (caps. 8-15). Aunque, como corresponde a un manual de finales del s. XVI y comienzos del XVII, no se muestre tanto un método coherente, como una amalgama de consejos prácticos no muy distintos de los que se proponen por separado en otras muchas obras.

3 Utilizamos aquí el plural porque la *Ratio studiorum* de 1599 es el último eslabón de una larga cadena de documentos que incluye las dos versiones previas de dicho reglamento de estudios.

4 En esta época, cuando la llegada de la imprenta hace que el arte de la memoria ya no se aplique tanto al estudio de las obras completas como al de los pasajes relevantes que aparecen en tesoros, polianteas, etc., la *notatio* es seguramente el paso de la lectura más determinante. Cevolini (2006).

3.1.1. La necesidad de la lectura

«Y así como los cuerpos vivos no se tornan fuertes, ni se conservan, a no ser que se les suministren los alimentos adecuados, del mismo modo, sin el sustento de la lectura diligente, ni se adquiere sabiduría, ni se retiene» (*Rat.*, cap. I, 3), afirma nuestro jesuita. Así pues, leer es una actividad tan necesaria para el ser humano como lo es alimentarse apropiadamente. De hecho, un individuo no podrá considerarse humano si no es capaz de leer, como hemos mostrado ya, lo que además debería proporcionar la habilidad para producir textos similares a los estudiados. Para ello, afirma el padre Sacchini, la mejor opción es dar los siguientes dos pasos: frecuentar e imitar a los mejores de cada ciencia, y evitar toda lectura que no resulte de provecho, quienquiera que sea su autor o género literario.

3.1.2. Aspectos procedimentales de la lectura

Cuando nuestro jesuita sostiene nada más comenzar que un talento, por poderoso que sea, no va a ser capaz jamás en solitario de alcanzar grandeza alguna en los estudios literarios, pues para ello es indispensable la ayuda de aquellos que ya han avanzado en ellos (*Rat.*, cap. I, 1-3), indirectamente está afirmando que para alcanzar el éxito en dicha disciplina hay que disponer de un método preciso de trabajo. Un sistema que haga de ella un acto provechoso, lo hemos destacado ya, en razón de los contenidos asimilados y para la salvación de las almas, pero también desde el punto de vista de la inversión del tiempo (*Rat.*, cap. II, 8): «Se suma la pérdida de tiempo, que, aunque sea lo de menos para muchos, es sin embargo muy grave. Ciertamente, no es una pérdida de algo ajeno, sino de nuestra propia vida que, aunque esté circunscrita a los estrechos límites de la naturaleza, con la laboriosidad puede extenderse y prolongarse por toda la eternidad».⁵

5 La preocupación por el aprovechamiento del tiempo es tal que en los colegios es la segunda de las cuatro obligaciones principales del rector. Lukács (1965), MHSI I, Mon. 7, *Regulae Rectoris Collegii Romani*, 67.

Naturalmente, el primer paso ha de ser la selección de los textos apropiados (*Rat.*, cap. III, 8): «En conclusión, tienes que cuidar al máximo la selección de los libros, leer al que sea el mejor, leer al que sea el principal de la disciplina, al que sea el más útil para tu propio ingenio [...]». Sin embargo, también se desaprueba la lectura por mero entretenimiento. El tiempo de la vida humana es limitado y ha de utilizarse como inversión para ganarse la vida eterna, en lugar de desperdiciarlo. Con todo, y a diferencia de otros manuales de la época, en el *De ratione* no hay un catálogo de autores, sino que se recomiendan aquellos cuya autoridad viene certificada por la tradición y cuyo estudio se llevaba a cabo en las aulas jesuíticas⁶ e igualmente se rechazan aquellos que en las constituciones y *rationes* se censuraban.⁷

Pero, no basta con una buena selección de lecturas, es necesario también fijar un orden, y se distinguen dos: el primero, el que se establece entre los diversos libros; el segundo, el que hay que seguir en cada libro. Tan importante como lo anterior, es la dedicación, la constancia.

3.1.3. Aprovechamiento en la lectura

Preocupado como está por el aprovechamiento del tiempo y de la lectura, el padre Sacchini dedica muchas páginas a una nueva disciplina que estaba surgiendo a raíz de la difusión de la imprenta y la proliferación de libros: el *ars excer-*

6 Al organizar y uniformizar el sistema formativo de sus escuelas, los jesuitas pusieron fin a uno de los grandes problemas de la escuela humanista: la falta de un elenco fijo de autores. Nakládalová (2012).

7 Debido a la independencia de que gozaban los centros docentes jesuíticos, los libros aprobados o censurados podían variar, aunque existiera un corpus básico. En el caso del padre Sacchini, el número de autores desaconsejados en su totalidad es muy numeroso: todos los que no sean de provecho y en especial los que cantan al amor terreno. Parece seguir una recomendación del padre Ledesma, entonces rector del Colegio Romano, fechada en 1566. Lukács (1974), MHSI II, Mon. 90, P. Ledesma, *Ordo et Ratio Studiorum Septem Classium*, 741-742.

pendi.⁸ Consciente de que la salvación depende de que el ser humano se consagre a actividades meritorias ante los ojos de Dios y las realice con la mayor eficacia posible, y preocupado en consecuencia por el buen uso del tiempo, nuestro jesuita propondrá que, para que la lectura resulte del todo provechosa, se estudien pocos autores y se preparen cuidadosos extractos. Con ello se obtienen tres grandes ventajas: la primera, el conocimiento profundo de los textos; la segunda, suplir la flaqueza de la memoria, y, por último, evitar tener que volver a localizar pasajes ya conocidos.⁹

Es en este último bloque de capítulos donde se detallan las estrategias concretas (*Rat.*, cap. VIII, 1): «Eso de lo que, sin duda, principalmente depende de la utilidad de las lecturas es la atención y la toma de notas». Es el más amplio de los tres, como es lógico, ya que tiene relación directa con el objetivo principal de la obra, pues sin una comprensión profunda de los textos no es posible aprovecharlos adecuadamente. El propio autor piensa que, en cierto modo, esta sección constituye en sí misma un tratado (*Rat.*, epist. II, 3): «[...] he creído más provechoso encaminar conjuntamente la explicación de una y otra cosa hacia cuestiones comunes, y en el lugar preciso advertirlo si sucediese lo contrario, que disponerlas como dos tratados diferentes». En realidad, puede decirse que estamos ante la fundamentación y la explicitación de lo que se hacía en las clases en los colegios jesuíticos, puesto que ya en las primeras constituciones y *rationes* se dispone que los alumnos utilicen cuadernos en blanco en los que apuntar lo más relevante de las clases y de las lecturas que realicen.¹⁰

8 Ante la proliferación de libros como consecuencia de la labor impresora, durante los siglos XVI-XVII, surgieron dos formas distintas de hacer frente al exceso de información. Por un lado, la *notatio*, como propone Sacchini; por otra, los nuevos métodos y prácticas para leer de forma consultiva, propuestos por Bacon y Johnson. Blair (2003).

9 Son estas las recomendaciones que hacen los fundadores de la Compañía desde los inicios. Lukács (1965), MHSI I, Mon. 4, P. Polanco, *Constitutiones Collegiorum*, 18, 44.

10 Lukács (1965), MHSI I, Mon. 4, P. Polanco, *Constitutiones Collegiorum*, 18, 43.

Relacionado con el provecho de la lectura está también otro aspecto del modo de llevarla a cabo, si en silencio o en voz alta. A aclarar las ventajas de ambas alternativas se dedica el último de los capítulos. Así, hay que usar la declamación sobre todo con los poetas, pero también con los prosistas cuando se persiga emocionarse con ellos y entrenarse para la *actio* retórica (*Rat.*, cap. XIV, 1-3). En cambio, si se pretende hacer extractos literarios o adquirir nuevos conocimientos, la lectura habrá de realizarse en voz baja (*Rat.*, cap. XIV, 4-5).

3.2. *El De vitanda y los peligros de la lectura*

Así como el *De ratione* presenta el camino que un joven ha de recorrer para convertirse en *lector rhetoricus*, esto es, en alguien capaz de observar las reglas gramaticales, las normas oratorias, los procedimientos de la argumentación y las figuras del ornato para seguidamente reproducirlas en su propio discurso, en el caso del *De vitanda* nos hallamos ante un ejercicio práctico y una admonición ética. Su razón de ser es ofrecer un último y solemne consejo sobre cómo y por qué huir de los libros perjudiciales (*libri vitandi*) a unos jóvenes que han concluido la etapa básica de su formación y van a empeñarse en nuevas ocupaciones, bien cursando estudios superiores, bien incorporándose a la vida civil activa (*Orat.*, 5): «Podía ofrecer a vuestros oídos algo más placentero, pero nada más saludable para vuestra alma. Se presentaban muchos temas que eran acordes con vuestros estudios, pero, nada, pienso que lo sea más con la finalidad de mi vida o con vuestra edad y costumbres».

Estamos, pues, ante un tratado autónomo, y cuando por su calidad e interés la Compañía decide publicarlo junto al *De ratione* lo hace respetando su forma original. No obstante, ambas obras tienen un marcado carácter pedagógico, que se aprecia en su estilo literario y en su contenido. Con un lenguaje sencillo y lleno de imágenes metafóricas, se explican los riesgos de ciertas lecturas para el alma, desde postulados éti-

cos antes que de ortodoxia religiosa. Por ello, no hallamos, en absoluto, una disertación normativa o una exposición sistemática de reglas sobre la censura, y en modo alguno aparecen tesis teológicas o doctrinales sobre ella. Por el contrario, simplemente se muestran, comentan e ilustran los daños morales por los que determinadas lecturas han de evitarse.

El autor comienza sosteniendo que, en tanto que maestro, le preocupa la salvación eterna y la virtud de aquellos que le escuchan, y su objetivo es darles una última y valiosa lección (*Orat.*, 5): «Os garantizo que de este breve tiempo de atención saldrá una perpetua utilidad». Lo que de modo inmediato le mueve a hablar es su hostilidad, patente a lo largo del discurso, hacia el mal libro, vehículo ponzoñoso (*liber pestilens*) que infecta con su mero contacto el cuerpo y alma de aquel que lo maneja. Así nuestro jesuita se concentra en explicar por fases los riesgos para el alma cristiana de las obras nefandas. Muestra (*Orat.*, 4) «en primer lugar, que en modo alguno es necesaria para un joven la lectura de libros tan terribles para la virtud; a continuación, que es absolutamente perniciosa; por último, sencillamente ignominiosa para un hombre cristiano».

3.2.1. Es posible prescindir de los libros perniciosos

La abundancia de textos saludables, dice el padre Sacchini, convierte en innecesaria la consulta y lectura de libros pestilentes, en especial durante la juventud, etapa en la que, como señala Quintiliano (*Inst. Orat.*, 2, 10), solo conviene aprender cosas elegantes y en especial honestas. Por ello, repudia los autores y las obras que puedan dañar las costumbres, cualquiera que sea su época de composición. Por otra parte, se suma al consenso de la época al proponer un reducido número de escritores dignos de ser imitados (*Orat.*, 7): «Pues bien, si consideráis por vuestra cuenta los maestros de los que aprendemos en latín a tratar cualquier asunto, os daréis cuenta de que sobresaldrán unos guías en modo alguno enemigos de la virtud».

Como buen humanista y jesuita, recomienda los mejores autores en cada una de las disciplinas (Frontino y Vegecio en el arte de la guerra, Paladio, Columela, Catón en agricultura, Séneca, Plinio, etc.), aunque, por la índole y calidad de sus escritos, defiende ante todo a Cicerón, quien, asegura, es una ayuda inestimable para hablar con verdad y honestidad siempre (*Orat.*, 8).¹¹ Esto en cuanto a la prosa, pues en lo referente a la poesía, el primer lugar es para Virgilio (*Orat.*, 10), aunque, una vez expurgados, también se puede sacar partido de Horacio y Ovidio, entre otros. En cambio, los autores cristianos, salvo honrosísimas excepciones, no han de leerse, pues no son recomendables en las ocupaciones juveniles (*Orat.*, 11).¹²

Por último, se reconoce la gran utilidad de los diccionarios de citas, poliantes y tesoros que, gracias a la invención de la imprenta, proliferaban en la época, y que hacían también absolutamente innecesaria la consulta de autores u obras inmorales (*Orat.*, 16).

3.2.2. La lectura de los libros licenciosos es absolutamente perniciosa

Ahora bien, al padre Sacchini, no le interesa tanto descalificar un conjunto de textos que no merece la pena leer, como

11 También es el autor preferido, tal vez junto a Virgilio, a cierta distancia, por la Compañía.

12 No es original del padre Sacchini esta propuesta, pues, de hecho, la lectura de estos textos no estaba permitida en los colegios jesuitas sin la aprobación expresa de los superiores, seguramente para evitar posibles divisiones e interpretaciones potencialmente heréticas. Lukács (1965), MHSI I, Mon. 13, P. Nadal, *Regulae de Scholis Collegiorum*, 190 y Mon. 14, *Capita Selecta de Studiis in Constitutionibus Societatis Iesu*, cap. 5-E, 223. Entre los pilares de la Compañía estaba la triada *soliditas, securitas, unitas* o *uniformitas*, que había de mantenerse a toda costa. Era preferible renunciar a lecturas que permitieran libertades interpretativas que dejarlas en manos de los docentes y mucho menos al alcance de los alumnos. Lukács (1974), MHSI II, Mon. 6, P. Nadal, *Regulae scholasticorum S. I.*: [9], 42 y Mon. 7, P. Lainez, *Regulae Scholarium Externorum*, [A] *De moribus et pura conscientia*, 45.

mostrar que son el origen de todos los males del mundo, pues no solo depravan las costumbres y la moral de quien los lee, sino además, por contagio, las de toda la sociedad (*Orat.*, 54): «De ahí, luego, la perversión, las infamias, la destrucción de las familias, la incierta fidelidad conyugal, la incierta paternidad, las catástrofes para la virtud y el patrimonio, en suma, la desolación de las ciudades». En efecto, a raíz de la inclinación humana hacia la imitación, el mero contacto con tales obras implica que los vicios y los errores de sus autores se transmiten como una enfermedad contagiosa y ponen en riesgo la supervivencia moral de toda la comunidad, por lo cual hay que proscribirlas terminantemente. No ha de sorprender, por tanto, que en este punto se recurra a la autoridad de los grandes teóricos de la política —Platón, Aristóteles, Cicerón, etc.—, y que, junto con ellos, se proponga la censura y la marginación de los poetas tenidos por inmorales.

3.2.3. Leer obras inmorales es ignominioso para un cristiano

Ahora bien, nuestro autor no destinó sus palabras a la juventud en general, sino a los alumnos del Colegio Romano. Su preocupación principal es la salvación de sus almas, por ello concluye su discurso con la denuncia de la deshonra que supone para un seguidor de Cristo acercarse a estas lecturas. Si en un pagano resulta censurable frecuentar dichos autores (*Orat.*, 74), en quien pertenece a la «progenie cristiana, linaje escogido, estirpe santa y devota de Dios y del cielo [...]» (*Orat.*, 75), para la que se compró la santidad y pureza del cielo con la sangre del Redentor, es del todo odioso e indecente si quiera aproximarse a ellos, pues se incurriría en una falta mucho más grave: «Vosotros estáis por encima de cualquier realidad humana, sois santos y os debéis comportar como conviene a los santos» (*Orat.*, 75). Por eso, no solo se ha de evitar el más leve contacto con tales libros, sino que ni siquiera han de ser mencionados.

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR

1. Contexto religioso y cultural	XI
2. Carácter de las obras y fecha de redacción	XXI
3. Estructura y temas principales de las obras.....	XXV
3.1. <i>El De ratione: un tratado sistemático sobre la lectura y el modo de extractar</i>	XXV
3.1.1. Las necesidades de la lectura.....	XXVII
3.1.2. Aspectos procedimentales de la lectura.....	XXVII
3.1.3. Aprovechamiento en la lectura	XXXVIII
3.2. <i>El De vitanda</i> y los peligros de la lectura	XXX
3.2.1. Es posible prescindir de los libros perniciosos...	XXXI
3.2.2. La lectura de los libros licenciosos es absoluta- mente perniciosa.....	XXXII
3.2.3. Leer obras inmorales es ignominioso para un cristiano	XXXIII
4. Normas fundamentales para una lectura saludable, provechosa y erudita.....	XXXV
4.1. La censura es imprescindible para conservar la santidad y la virtud	XXXV
4.2. Criterios para la selección de los autores.....	XL
4.3. La <i>excerptio</i> como estrategia ideal para aprovechar las lecturas	LII
5. Criterios de traducción y edición.....	LIX
Fuentes y bibliografía	LXI

UN LIBRITO SOBRE LA MANERA DE LEER LIBROS
CON PROVECHO

El autor a los jóvenes estudiantes de las buenas letras, ¡verdadera sabiduría y felicidad eterna!	3
A un joven estudiante del arte retórica, sobre la manera de leer libros con provecho	6
Capítulo I. Sobre la necesidad y la utilidad de una lectura diligente.....	8
Capítulo II. La selección que ha de realizarse de los libros	13
Capítulo III. Qué libros leer	17
Capítulo IV. Cuál ha de ser el orden que se ha de mantener en la lectura	22
Capítulo V. Sobre la constancia de la lectura	30
Capítulo VI. Sobre las lecturas ocasionales	32
Capítulo VII. En qué momento y cuánto leer	36
Capítulo VIII. Algunas cosas a las que se ha de prestar atención durante la lectura.....	39
Capítulo IX. Cómo pueden anotarse las cosas que lo merecen antes de tener habilidad para extractar.....	45
Capítulo X. Razones por las que parece que nada se ha de extractar de la lectura por escrito	48
Capítulo XI. Razones por las que parece que se ha extractar algo por escrito	52
Capítulo XII. Qué se debe tener en cuenta para que la labor de extractar resulte del todo provechosa	55
Capítulo XIII. Cuándo, qué, cómo extractar	59
Capítulo XIV. ¿Hay que leer en silencio o en voz alta?.....	66

SOBRE EVITAR LA LECTURA DE LOS LIBROS
PERNICIOSOS PARA LAS COSTUMBRES

Discurso pronunciado en Roma en la clase de Retórica el 30 de septiembre de 1603 con ocasión de la partida de los alumnos por las vacaciones de otoño.....	71
ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TOPONÍMICO	113

No hay duda alguna de que, a quien lee con diligencia,
le ayudan las muchas cosas nacidas de las semillas de la lectura,
aunque él apenas perciba de dónde han nacido, y piense
simplemente en una invención suya, como, sin duda, la hay;
sin embargo, en modo alguno hubieran brotado
si no les hubiera precedido la lectura.

Y, en verdad, no es distinto de lo que sucede
en las relaciones fraternales de los hombres,
que uno transmite a cada amigo sus costumbres,
eso que se da durante la lectura de libros.



FRANCESCO SACCHINI, S. I.

Sobre el provecho y los peligros de la lectura

Francesco Sacchini (1570-1625) fue un ilustre jesuita, maestro de vocación. A principios del siglo XVII redactó dos opúsculos cuyo fin era explicar a los jóvenes cómo debían leer y que ahora se traducen por vez primera al español. Muestran hasta qué punto afectaron a la enseñanza elementos y polémicas culturales típicos de aquella época: el canon de autores, la censura y expurgación de textos, los procedimientos retóricos o el recurso habitual a las antologías. Especialmente detalladas y originales son las instrucciones sobre cómo elaborar extractos de libros, cuestión que Sacchini es el primero en tratar de modo sistemático. Otros seguirían luego su estela.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza

JAVIER LASPALAS

es profesor titular de Historia de la Educación en la Universidad de Navarra. Ha publicado varias monografías y también numerosos artículos científicos y capítulos de libro. Ha estudiado en particular la situación de la enseñanza durante la Edad Moderna. Ha traducido y anotado dos manuales para los jóvenes profesores de la Compañía de Jesús escritos por el padre Sacchini.

ALEJANDRO MARTÍNEZ SOBRINO

es profesor adjunto de Filología Clásica en la UPV/EHU. Sus publicaciones incluyen una monografía, así como diversos artículos científicos y capítulos de libro. Ha investigado sobre el humanismo francés y sobre la recepción de la Antigüedad en la Edad Moderna y Contemporánea. Preparó la edición bilingüe de dos obras de Francesco Sacchini: la *Parenesis* y la *Preceptiva para los maestros*.